

LIBROS

El ceremonial Nobel o la jerigonza sueca

Si el Nobel tener quieres
la jeri aprenderás [un día
guiente:
fór en dítmg som med y
lyriska utmärkt su frams-
[taende...

... y eso es aún lo de menos. Las servidumbres del Nobel comienzan al poner el pie en un Estocolmo invernal, generalmente cubierto de nieve y preparado para las fiestas navideñas, de las que la Nobels-tiftelsens Hogtidsdag constituye la apoteosis. Los nobelizados serán las principales atracciones en una ciudad tan hermosa y tan escasa de ellas. Se empieza por comprar un gorro de piel y un abrigo capaz de resistir al frío ártico.

Los laureados de literatura y de la paz son siempre los más solicitados; pero como el Nobel de la Paz se entrega en Oslo, le toca al infortunado literato afrontar prácticamente solo las adversidades en Estocolmo.

Su primera tortura es la conferencia de prensa en el Gran Hotel. Ya se sabe que, por mucho que se haya deseado o esperado, la elección corresponde a la Academia Sueca, guiada generalmente, además de por las consideraciones puramente literarias tan difíciles de evaluar, por el incómodo equilibrio a que obliga la famosa neutralidad sueca. Una de cal y otra de arena suele ser la regla de los académicos suecos. En 1958 se premia a Boris Pasternak, con las consecuencias consabidas y esperadas; en 1965 se iguala la balanza galardonando a escritor tan oficial como Sholoyov y, por si acaso se les ha ido la mano de un lado, se selecciona en 1970 al representante de la «literatura del silencio», Soljenitsin. También parece evidente que la historia inmediata influye en la decisión de la Academia Sueca, y que el ser y no ser sueco (socialismo y capitalismo, liberación y puritanismo, democracia y monarquía) halla siempre la solución ideal a un momento histórico preciso, sin que las letras salgan nece-

sariamente ganando. ¿Quién se acuerda hoy de Eucken, de Von Heidenstam, de Reymont, de Grazia Deledda?; en 1967 se premia a Miguel Angel Asturias, con un gran pasado de luchador, cuando actuaba de embajador de un país que estaba prácticamente en guerra civil. Meses antes ya se había comprobado el fracaso de las guerrillas latinoamericanas, tras la muerte trágica del comandante Guevara.

«¿No cree, Neruda, que le dieron el premio para fortalecer el régimen de Allende?».

«¿No cree que ha sido para compensar lo de Soljenitsin?».

«¿No se puede pensar, por ejemplo, que motivaciones extraliterarias impidieron que se le diese un premio del que se habla desde hace veinte años, y que desde entonces merece tanto como hoy?».

«Todo eso hay que preguntárselo a la Academia Sueca, no a mí», dice Neruda.

Lo cierto es que mejor estaría en su Isla Negra, «donde las olas hacen tambalear mi casa», aceptando el cargo de Paris, «donde escribo informes tremendamente aburridos», y está aquí...

Ensayo general.—Mas ese martirio era de esperar, y se soporta sin demasitados sufrimientos. La verdadera pasión de los electos —cuando irresistiblemente nos acordamos de Jean-Paul Sartre— comienza el día 10 por la mañana.

A las once, todos los nobelizados tienen cita en la Filadelfiakyrkan, vestidos de paisanos, para aprender los pasos del ballet que se representará en el mismo lugar por la tarde ante el Rey y el público.

«No; póngase aquí, Mr. Kuznets (Premio Nobel de Economía); después de su presentación baja usted por esta escalera, se va hacia el Rey, tratando de no darle la espalda...». El maestro de ceremonias, que monta este extraño ballet con los artistas más célebres del mundo este día, conoce bien su arte: lleva decenas de años cogiendo a sabios y literatos por el brazo, indicándoles los movimientos, los gestos...

«... llega usted por la izquierda, Mr. Gabor (Premio de Física, inventor del método holográfico); saluda al Rey, que le entregará la medalla y saldrá luego por la izquierda...». El doctor Herzberg (conocimiento de la estructura electrónica y geométrica de las moléculas) hace el recorrido y se detiene ante un sillón aterciopelado azul y vacío, donde está un Rey imaginario.

¡Perfecto! Son las doce y media; cita a las tres y media para la ceremonia.

Espectáculo.—A las tres y media, el todo Estocolmo, los familiares de los premiados, el Cuerpo Diplomático en pleno, van llegando a la Filadelfiakyrkan. La sala se va llenando de fracs, trajes de noche y joyas. Porque el vestido de etiqueta es de rigor..., en el patio de butacas y en el palco principal. Ser y no ser. Allí en el fondo, en el gallinero, se puede ir en traje de calle. Las tiendas de Estocolmo han alquilado hasta el último frac; con un poco de atención se observa que éste es corto de mangas, aquél ancho de espaldas y que Mr. Earl W. Sutherland, Premio de Medicina (por sus descubrimientos referentes al mecanismo de la acción de las hormonas), está colorado como un cangrejo, quizá debido a un apretón de cuello.

Son las cuatro. Los laureados se instalan en los seis sillones rojos colocados en el lado derecho del escenario; en el lado izquierdo se colocan sus respectivos presentadores. Todo el mundo espera. Cuatro y cinco, y diez, y veinte. La puntualidad sueca resulta un mito más, como su socialismo y sus rubias. A las cuatro y veinticinco, al son de roncadas trompetas, entra el decorativo Rey Gustavo VI Adolfo con su séquito, la princesa Sybilla y el apuesto y atlético príncipe heredero, Carlos Gustavo. La sala se levanta como un solo sueco y como un solo sueco se sentará al hacerlo el Rey. Al poco nos damos cuenta de que él es el mejor actor de la «soirée» y que no en balde asiste a la entrega de los premios desde su fundación, en 1901. Ahora, a los ochenta y nueve años, sigue repartiendo medallas entre días de pesca y de excavaciones arqueológicas, sus tres principales «hobbies», por no decir ocupaciones.

La Filarmónica de Estocolmo —que no es, ni con mucho, la de Filadelfia— interpreta la «Obertura del Nobel». Luego, uno a uno, y tras las presentaciones de turno, van bajando los laureados, saludan al Rey, toman la cajita, escuchan con atención las palabras pronunciadas en sueco por el soberano, sonríen y vuelven por el camino indicado horas antes. Esta vez no ha habido ningún fallo, ninguna disonancia. Únicamente la interpretación de la «Urraca ladrona», de Rossini..., pero no hemos venido a un concierto, sino a un brillante espectáculo. Todo se cierra con un himno nacional sueco, más lírico que marcial, más folklórico que militar. Las trompetas medievales acompañan al Rey hasta la salida.

Apéndices.—Aún no terminaron las obligaciones, aunque lo peor ha pasado. Momentos después se reúnen en el Ayuntamiento, para una cena majestuosa —entiéndase todo a la sueca, es decir, no tanto—, en cuyos postres Neruda, en nombre de todos, pronunciará un corto discurso. No se olvida que es Neruda, y de las generalidades habituales pasa a cosas más concretas:

«En estos momentos pienso en las calles de mi infancia, en el invierno del Sur de América, jardines de lilas de la Araucanía, en la primera María que tuve en los brazos, en el barro de las calles que no conocían el pavimento, en los indios enlutados que nos dejó la conquista, en un país, en un continente oscuro que busca la claridad, y si este resplandor se prolonga desde esta sala de fiestas y llega, a través de tierra y mar, a iluminar mi pasado, está iluminando también el futuro de nuestros pueblos americanos que defienden su derecho a la dignidad, a la libertad y a la vida. Yo soy un representante de aquel tiempo y de las actuales luchas que pueblan mi poesía... Doy las gracias y vuelvo a mis trabajos, a la página blanca que espera cada día a los poetas, para que la llenemos con nuestra sombra, porque con sangre y sombra se escribe, se debe escribir, la poesía».

Esto fue el viernes. El lunes, en la Academia Sueca, el Premio de Literatura, también en nombre de todos los laureados, pronunció el discurso que han podido leer en TRIUNFO la semana pasada. Antes, todos ellos habían pasado por la Fundación Nobel para, según el programa oficial, «efectuar transacciones financieras», lo cual, traducido del sueco al romance, quiere decir recoger un cheque de cinco millones de pesetas. ■ RAMON L. CHAO.

Los toques de Antonio Burgos

«Toque de gloria, toque de agonía» (Ediciones 29, Barcelona, 1971) es la segunda novela de Antonio Burgos, joven escritor sevillano verdaderamente prolífico, al que la crítica «clasificadora» suele incluir en esa cuestionable «nueva narrativa andaluza» que, aseguran, funciona por ahí. Así será. Pero en el caso de Antonio Burgos, clasificarle es lo de menos. Burgos es un tipo independiente, casi despreocupado,

que ha escogido su trocha particular y que se cuida poco, a mi entender, de marcar el paso. En 1969 apareció su primera novela, «El contador de sombras», historia fidedigna, según parece, de un pueblo entre andaluz y extremeño del que Burgos arrancaba sin contemplaciones sus personajes reales. Mostraba la novela una contundente voluntad de revisión del pasado próximo ejecutada con tintas tan vivas que chamuscó bastante el reseco humor de aquellos pagos. Al año siguiente, Burgos lanzó su «Andalucía, ¿tercer mundo?», ensayo montado sobre idéntica voluntad revisora que completaba el ajuste de cuentas literario entre el autor y su mundo local al hilo de una crítica enérgica y desenfadada, tal vez falta de una última mano de expurgo tóxico. Desde entonces, el autor ha venido manteniendo descubierta el pecho con una reciedumbre y un valor a los que cordialmente me adhiero como paisano, pero a los que no les arriando las ganancias.

Ahora ha lanzado Burgos una especie de continuación de aquella primera novela, no sé si con la idea de seguir un ciclo a lo Macondo o con la mira de restaurar el viejo «roman-fleuve». Quizá ninguna de las dos cosas. Porque «Toque de gloria, toque de agonía», más que una segunda parte es una vuelta sobre el mismo tema. El verdadero personaje de esta historia pueblerina es el ambiente, protagonista de pergeño mucho más minucioso que los que llevan nombre y apellido. La obra de Burgos, a mi entender, es un documental en mayor medida que una verdadera novela. Un documental preciso que recuerda la técnica ambientada de algunas novelas de Azorín, como «Salvadora de Olivena» o «Tomás Rueda», pongo por caso, en que la acción se diluye debajo de la presencia subrayada del entorno. Para un tema como este de la hidalguía fin de raza —y quizá algo de esto iba buscando el autor—, le habría convenido a Burgos seguir, con las modificaciones consecuentes, el modelo del inolvidable Gattopardo... De ahí que lo más notable de ambas novelas sea la estupenda fidelidad con que reviven la trama medio olvidada de la vida de posguerra en un pueblo medio de Andalucía, trama tan admirablemente rescatada por Burgos que pudiera trasladarse sin grandes trastornos a cuentos de nuestros sufridos pueblos. Burgos ha ido con decisión al grano y, como tiene una memoria fotográfica, ha conseguido una impresión de realis-